

Palestinian Centre for Human Rights

Desde Gaza: experiencias de las mujeres palestinas durante el genocidio en curso

Traducción a partir de la versión en inglés

pchrgaza.org/en/voices-from-gaza-the-experiences-of-palestinian-women-amid-the-ongoing-genocide/

Si bien en todo el mundo el 8 de marzo se celebra el Día Internacional de la Mujer, para las mujeres de Gaza esa fecha marca cinco meses y un día desde el comienzo de la genocida campaña militar de Israel. Durante este tiempo, Israel ha matado a más de 30.800 palestinos en Gaza, aproximadamente 9000 mujeres, según ONU Mujeres. Y son miles las que siguen desaparecidas o bajo los escombros. En este Día Internacional de la Mujer es crucial alzar las voces y los relatos de las mujeres palestinas y, en particular, de las mujeres de Gaza. Sus historias son un testimonio de su resistencia y de su capacidad para afrontar la adversidad en medio del genocidio en curso.

Las mujeres y niñas palestinas en Gaza se enfrentan al alarmante riesgo de que las fuerzas israelíes las hagan desaparecer o las detengan arbitrariamente. Con frecuencia las registran desnudándolas, sufren humillaciones y otras formas de tortura, además de tratos crueles, inhumanos y degradantes durante su arresto y detención. Los expertos de la ONU expresaron su grave preocupación por los informes que detallan casos en los que mujeres y niñas palestinas detenidas en Israel también han sido sometidas a múltiples formas de agresión sexual, como ser desnudadas y registradas por oficiales varones del ejército israelí.

Aisha, residente de 20 años del campo de refugiados de Jabaliya, en el distrito de Gaza Norte, fue detenida por las autoridades israelíes el 22/11/2023, mientras ella y su familia evacuaban hacia el sur de Gaza. Fue interceptada en un puesto de control israelí y separada de su familia. Sacada de Gaza, fue transportada a la prisión de Damon y luego a otro centro de detención en Naqab. Finalmente fue liberada el 9/1/2024 y regresó a Gaza. Al reflexionar sobre su experiencia, recordó:

Entonces, el soldado me pidió que me quitara el jilbab (prenda exterior) y que lo sacudiera. Después, me pidió que me quitara la camisa y los pantalones. Llevaba más de un par. Entonces, la mujer soldado me dijo que me los volviera a poner. Después de eso, la mujer soldado me agarró del brazo, me llevó hacia adelante y me hizo firmar un papel con los ojos vendados. Luego se levantó y me sentó en una silla. Una persona que hablaba árabe me preguntó mi nombre y mi edad. Luego me dijo que a mi familia la habían parado a 500 metros y que los habían detenido. Me preguntó sobre mi carrera universitaria y en qué curso estaba, así como los nombres y ocupaciones de mis padres.

Luego me preguntó si alguno de mis familiares estaba afiliado a Hamás, y respondí: "No lo sé". Me preguntó sobre la ubicación de los rehenes israelíes y le dije: "No lo sé". Me preguntó cuántos hermanos tenía y le respondí. Después, dijo que me haría algunas preguntas usando un detector de mentiras. En ese momento estaba sentada en una silla con los ojos vendados.

Luego me cogió y me sentó en la arena. Pude ver, por debajo de la venda, a una niña frente a mí. Más tarde supe que su nombre era Dima. Entonces escuché las voces de mujeres soldados que traían a otra niña. Nos guiaron a pie durante aproximadamente un minuto y nos sentaron nuevamente en la arena. Estaba con otras dos chicas y podía escuchar sus voces. Miré por debajo de la venda que me tapaba los ojos. Trajeron más niñas hasta que fuimos seis. Era por la tarde y solo nos trajeron agua. Hacía frío y una de las niñas pidió una manta, pero se negaron a proporcionársela. También escuchamos los gritos de hombres que obviamente estaban sufriendo un dolor extremo. Me colocaron una etiqueta de plástico en la muñeca con el número 12 escrito. Al caer la noche, nos obligaron a dirigirnos hacia unos jeeps. Un soldado, no sé si hombre o mujer, me empujó por detrás por los hombros. El jeep condujo durante aproximadamente media hora arrastrando otro vehículo que transportaba prisioneros varones. Esto lo supimos tras de escuchar a uno de ellos gritar por el dolor en su mano. Luego nos bajaron y pudimos escuchar sirenas de alarma y enfrentamientos. No sé dónde estábamos, pero creo que cerca de la frontera de la Franja de Gaza.

Nos hicieron sentar sobre una manta colocada en un suelo pedregoso. Dos niñas pidieron ir al baño y luego supimos que hicieron sus necesidades al aire libre. Solicitamos una manta y nos dieron una muy liviana. Les pedimos otra, pero se negaron. También pedimos agua y nos la dieron.

A mi lado estaba una muchacha llamada

Samar, que sufría dolor abdominal. La llevaron a un médico al que le hice de traductora. Luego ella le dijo al médico que sentía como si estuviera abortando y que estaba en su segundo mes de embarazo. Nos habían dicho que nos quitáramos los zapatos, nos vendaron los ojos y nos ataron las muñecas. El médico simplemente le dijo que se acostara en el suelo y nos acostamos a su lado. Nos dijeron que durmiéramos con las muñecas atadas y los ojos vendados. Dormimos y despertamos en medio del frío extremo sobre el frío suelo pedregoso.

Con casi un millón de mujeres y niñas desplazadas en Gaza, la privacidad y el acceso a los productos higiénicos básicos se han vuelto casi inalcanzables para la mayoría. Se ha documentado muy ampliamente que las mujeres y las niñas han recurrido al uso de materiales improvisados, usando trozos de tiendas de campaña y ropa como toallas sanitarias. Algunas incluso han recurrido a las tabletas de noretisterona, generalmente recetadas para los trastornos menstruales, con la esperanza de detener su ciclo menstrual. Otras han experimentado interrupciones en sus ciclos menstruales debido al estrés extremo, el hambre y el trauma que han estado soportando diariamente durante los últimos cinco meses.

Hanadi Al-Daieh, del campo de refugiados de Bureij, contó su experiencia de desplazamiento forzado:

Vivía en una casa alquilada. Fue bombardeada mientras mi marido y mis hermanos estaban en ella. La casa se derrumbó encima de ellos. Gracias a Dios no sufrieron ningún daño grave, solo heridas leves. Luego me mudé a la casa de mis padres y ellos [el ejército israelí] nos amenazaron con órdenes de evacuación para abandonar Bureij. Preguntamos dónde estaba el lugar seguro y nos dijeron que fuéramos a una escuela: la escuela Abu Hmeeseh Bureij, una escuela de la UNRWA. Vimos la muerte con nuestros propios ojos. Nos caían metralla, fuego y de todo.

La UNFPA [United Nations sexual and

reproductive health agency] estima que hay aproximadamente 50.000 mujeres embarazadas en Gaza, y que cada día dan a luz alrededor de 180 mujeres. Estas mujeres embarazadas se enfrentan a circunstancias terribles, incluida la hambruna, y no tienen acceso adecuado a alimentos nutritivos y agua potable. Obligadas a consumir agua contaminada y pan hecho a base de piensos, tienen que tomar decisiones inimaginables para mantener sus embarazos. Con el colapso casi total del sistema de salud de Gaza, la atención prenatal a menudo no está disponible. Para el 15% de las mujeres que probablemente experimenten complicaciones potencialmente mortales durante el parto, los hospitales ofrecen poco consuelo, estando a menudo abarrotados y carentes de suministros esenciales. La atención posnatal es prácticamente inexistente, lo que deja a las madres sin las necesidades básicas para sus recién nacidos. En lugar de imaginar un futuro esperanzador, estas madres se enfrentan a la sombría realidad de tener que preguntarse si sus hijos sobrevivirán al hambre o a la enfermedad.

En su conmovedor testimonio, **Tagreed Al-Ashqar** compartió la desgarradora experiencia de dar a luz en un contexto de desplazamiento forzado:

Di a luz por cesárea. Al tercer día, salimos del campo de refugiados de Jabaliya, cuando todavía tenía puntos. Y ella [la niña] no estaba bien. Ni pañales, ni leche, no teníamos nada. Desde que llegamos aquí [ha tenido] gripe, resfriado y tos. Si necesitas terapia de vapor, no la encontrarás. Los medicamentos no están disponibles. Su boca está infectada. Ni siquiera hay ropa disponible. Nos las arreglamos para encontrar algo aquí y algo allá, y no hace suficiente calor para ella.

La devastación infligida a las vidas de mujeres y niñas en Gaza es inconmensurable. Incluso si el genocidio terminara hoy, seguirían estando durante años sin empleo y sin educación. El trauma y los efectos psicológicos de los últimos cinco meses y los que sigan les perseguirán durante toda

la vida. Antes del genocidio en curso, las mujeres y niñas de Gaza constituían una minoría en la fuerza laboral y el sistema educativo. Sin embargo, desempeñaron funciones como profesoras, periodistas, sanitarias y estudiantes prometedoras con aspiraciones ambiciosas para su futuro y el de Palestina. Sin embargo, hoy la perspectiva de hacer realidad esos sueños parece sombría. Desde el inicio del genocidio, la Organización Internacional del Trabajo informó de que hasta diciembre de 2023 más del 66% del empleo había sido destruido. Actualmente, no hay escuelas ni universidades funcionando en Gaza, lo que afecta a unos 625.000 estudiantes.

En el Día Internacional de la Mujer, y todos los días, sigue siendo crucial reconocer la resistencia de más de un millón de mujeres y niñas que persisten, se aferran a la esperanza y siguen siendo la piedra angular y el futuro de Gaza. Con esto en mente, reiteramos nuestro llamamiento a las organizaciones y movimientos feministas y de mujeres de todo el mundo para que tomen medidas inmediatas y se solidaricen contra la opresión que sufren las mujeres palestinas en Gaza, que merecen vivir en libertad y dignidad.